

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Nacimiento, padres, primera educación de Marcelino Champagnat

El santo sacerdote, cuya vida nos proponemos escribir, nació en la parroquia de Marhes, situada en el macizo del Pila¹, cantón de Saint-Genest-Malifaux², departamento de Loira. La parroquia pertenecía entonces a la diócesis del Puy, en Velay³, de la que se desgajó en 1801, con motivo del concordato, pasando a la diócesis de Lyon.

Vino al mundo el 20 de mayo de 1789 y fue bautizado al día siguiente, 21, festividad de la Ascensión del Señor, por el párroco, señor Alliot⁴. Le impusieron los nombres de José Benito Marcelino⁵. El padrino fue un tío materno, Marcelino Chirat, y la madrina, su prima política, Margarita Chatelard⁶.

Su padre se llamaba Juan Bautista Champagnat, y la madre, María Chirat. Tuvieron seis hijos⁷: tres varones y tres mujeres. Marcelino, protagonista de esta historia, era el más pequeño y el último de los hermanos⁸. La Providencia, que lo destinaba a fundar un instituto cuyo carácter peculiar iba a ser la humildad y sencillez, y le encomendaba la instrucción de los niños del campo, le hizo nacer de familia humilde⁹, en una región pobre, de gente profundamente religiosa, pero sencilla y sin instrucción; así pudo conocer, por propia experiencia, las necesidades que había de remediar y el carácter y las costumbres de aquellos a quienes iba a proporcionar educadores.

Su padre era hombre de gran sensatez y muy culto para la época y el lugar en que vivía. Por su prudencia y carácter conciliador, supo granjearse el aprecio de todos los habitantes de la parroquia. Era el árbitro en las discrepancias que surgían entre ellos. Todos se atenían a su fallo y aceptaban su probada honradez¹⁰.

Su madre, mujer de gran carácter, llevaba la casa y el cuidado de la familia con prudente economía y orden perfecto. A una sólida piedad unía todas las virtudes de esposa fiel y buena madre. El cuidado de la casa y la educación de los hijos le ocupaban todo el tiempo. Consagrada plenamente a su deber, llevaba vida tan retirada que apenas conocía las demás casas del pueblo, formado tan solo por unas quince a veinte familias¹¹. Sus vecinas acudían a ella en las penas y dudas o en cualquier otra necesidad en que se encontraran. Y nunca dejaron de experimentar los efectos de su caridad, prudencia y cordura, y de sentirse animadas y consoladas. Era reservada y nunca se inmiscuía en los asuntos particulares de los vecinos. Su máxima preferida era que hay que arreglar la propia vida y la de aquellos de quienes hemos de responsabilizarnos, sin ocuparse de los demás ni de lo que no nos atañe. A tan excelentes cualidades, añadía esta madre ejemplar una exquisita devoción a la Santísima Virgen. Rezaba diariamente el rosario con sus hijos, leía o mandaba leer la vida de los santos u otro libro edificante y oraba por las noches en familia. Además, tenía otras prácticas privadas de virtud y piedad que se había impuesto para honrar a la Santísima Virgen y merecer su protección.

El hijo de bendición que le fue concedido y que debía ser tan fiel siervo de María, era sin duda la respuesta a su piedad y devoción a la augusta Madre de Dios y de su fidelidad en honrarla siempre.

Lo alimentó y crió por sí misma, como había hecho con los demás hijos. Y, en cuanto comenzó a balbucear, puso todo su empeño en enseñarle las oraciones habituales del

cristiano y hacerle repetir los santísimos nombres de Jesús y de María. No contenta con formar a sus hijos en la piedad e iniciarlos y acostumbrarlos a las prácticas religiosas, ponía sumo esmero en corregir sus defectos, modelar su carácter, crear en ellos hábitos sociales y comunicarles la ciencia de la vida, tan necesaria para mantener la paz en la familia y la felicidad en la sociedad. Exigía a sus hijos gran moderación en las palabras y nunca consentía que se juntaran con otros muchachos de su edad o con cualquier otra persona que pudiera escandalizarlos o inducirlos al mal. Y, sin privarles de lo necesario, quería que fueran sobrios. Durante la comida no permitía que tomaran nada ni que fuesen caprichosos; debían conformarse con lo que se les ofrecía. A una de sus vecinas que se extrañaba de ello y le aconsejaba que diera mayor libertad a sus hijos, le respondió: “Sé lo que conviene a mis hijos. Los cuido y procuro que no carezcan de nada. Pero no quiero que se acostumbren a lo mejor y a satisfacer sus gustos para que no se vuelvan golosos”.

Aunque quería tiernamente a todos sus hijos, sentía cierta debilidad por el pequeño Marcelino. No sólo por ser el benjamín, sino por la corazonada de lo que algún día podría llegar a ser. Este presentimiento se vio confirmado por una señal que no pudo por menos de considerar sobrenatural y que anunciaba los designios que Dios tenía sobre el niño y el bien que por su persona iba a realizar en la Iglesia. En varias ocasiones, al acercarse a la cuna en que descansaba el pequeño Marcelino, vio una especie de llama luminosa¹² que parecía salir del pecho del niño. La llama, después de revolotear alrededor de su cabeza, se elevaba y expandía por la estancia. Fenómeno tan sorprendente le causó un sobresalto no exento de sorpresa y admiración. Y no dudó de que el cielo tenía sobre aquel niño designios de misericordia para ella desconocidos, designios que debía favorecer con una esmerada educación, sobre todo religiosa.

* * *

La virtuosa madre se vio magníficamente secundada en su acción educativa por una tía del niño¹³, mujer de gran piedad y eminente virtud. Era una de las muchas religiosas expulsadas del convento por quienes entonces sembraban de sangre y ruina el suelo de Francia. A veces se entretenía con la madre del niño comentando los acontecimientos de la época y los estragos que causaba la Revolución. El pequeño Marcelino que, sin que ellas lo advirtiesen, seguía la conversación, le preguntó un día:

- Tía, ¿qué es la Revolución? ¿Es una persona o una fiera? -Pobre hijito, le dijo sollozando la religiosa, ojalá Dios te conceda el favor de no llegar a experimentar lo que es la Revolución. Es mucho más cruel que una fiera.

La virtuosa mujer, viendo la feliz disposición de su sobrino por la piedad, disfrutaba enseñándole los misterios de nuestra santa religión, haciéndole repetir las oraciones y contándole historietas de la vida de los santos. Sus instrucciones y exhortaciones versaban a menudo sobre la devoción a la Santísima Virgen, al Ángel custodio y a las almas del purgatorio. La impresión que produjeron en el alma y el corazón de Marcelino tales instrucciones y la conducta ejemplar que las acompañaba, fue tan profunda que no se borró jamás. Durante su vida hablaba a menudo de su piadosa tía y de las enseñanzas que en la infancia recibió de ella. Y por el modo de expresarse manifestaba bien a las claras que se hallaba totalmente impregnado de los sentimientos que ella trató de infundirle, y que le profesaba una gratitud y un cariño que durarían toda la vida.

Marcelino, tan cuidadosamente formado en la piedad por su madre y su virtuosa tía, lejos de malas compañías y testigo permanente de tan magníficos ejemplos, llegó a ser un muchacho piadoso, dócil y de gran pureza de costumbres. Se preparó con el mayor esmero a la primera comunión¹⁴, que hizo a los once años con extraordinario fervor. Dos hechos acaecidos por entonces ponen de manifiesto su inteligencia y la rectitud de su juicio.

Su madre y su tía apenas consiguieron enseñarle a leer. Por eso lo mandaron a la escuela para que el maestro le ayudase a perfeccionar su lectura y le enseñara a escribir. El primer día de clase, el maestro¹⁵ lo llamó a su lado para que leyera. Como era muy tímido y no salía del puesto que le habían asignado, otro niño más avispado se le adelantó. Entonces el maestro, malhumorado, y tal vez también para congraciarse con Marcelino, dio un bofetón al intruso que pretendía leer antes que él y lo mandó sollozando al fondo del aula. Aquel método no era el más apropiado para dar seguridad al recién llegado y sacarle de su timidez. Más tarde afirmaría que llegó a temblar y que tuvo más ganas de llorar que de leer. Su espíritu juicioso se rebeló contra aquella muestra de brutalidad y se dijo: “No volveré a la escuela de un maestro así. El castigo que sin razón ha aplicado a ese chico me da a entender qué puedo esperar de él. En cualquier momento hará lo mismo conmigo. Así que no quiero ni sus lecciones ni menos aún sus castigos.” A pesar de los ruegos de sus padres, se negó a volver a la escuela.

Muchas veces recordó a los Hermanos este hecho para convencerles de que los malos tratos y los castigos impuestos con pasión sólo consiguen alejar a los niños de la escuela, enconar los ánimos contra el profesor y recibir sus enseñanzas a disgusto.

Cuando asistía al catecismo para prepararse a la primera comunión, el sacerdote encargado de esa tarea¹⁶, cansado un día de la ligereza y el atolondramiento de uno de los niños, al que había llamado la atención repetidas veces, le increpó severamente y le puso un apodo, aplicándole al mismo tiempo una hiriente comparación. El muchacho, amedrentado por tan severa reprensión, que indudablemente había merecido, se mantuvo tranquilo. Pero sus compañeros no olvidaron el apodo. A la salida de la catequesis, lo rodearon y empezaron a repetir a coro el mote. El pobre niño bajó la vista, se enojó, se irritó y llegó a amenazar a sus compañeros, lo que provocó que éstos arriesgaran en sus insultos y prolongasen su diversión cruel. Para librarse de sus bromas hirientes y de sus persecuciones, el infortunado se vio en la dura necesidad de huir de su compañía, vivir solitario y presentarse como a hurtadillas en la catequesis. Con el tiempo esta situación fue modelando en él un carácter taciturno, duro, difícil y casi agresivo. “Ya veis, decía luego el señor Champagnat, una educación infantil echada a perder y un niño expuesto, por su mal carácter, a ser tal vez el castigo de su familia y del vecindario. Y todo por una palabra imprudente, por un pronto, por un momento de impaciencia que hubiera sido tan fácil de evitar.” El hecho le produjo tal impresión, que llegó a recogerlo en uno de los artículos de la Regla en el que prohíbe a los Hermanos dar apodos a los niños¹⁷.

A pesar de la excelente conducta y los piadosos sentimientos de Marcelino, nada dejaba entrever por entonces que tuviera la menor idea de abandonar el mundo ni abrazar el estado sacerdotal. Muy al contrario, parecía que tan sólo pensaba en seguir los pasos de sus padres que eran agricultores y explotaban un molino¹⁸. El padre, que era muy habilidoso y entendía de todo un poco, hacía cualquier labor, según las necesidades de la familia, le enseñó carpintería, albañilería y demás oficios necesarios para explotar una granja. Su actividad, su habilidad y robusta constitución física y su amor al trabajo le indujeron a entregarse con entusiasmo a todos estos oficios y en todos ellos destacó.

Hacia los catorce años empezó a sentir ganas de ahorrar y crear su propio negocio. Cuando recibía algún donativo en metálico, en lugar de gastarlo en chucherías, como la mayoría de los adolescentes de su edad, lo guardaba. Y no consentía que nadie tocara su tesoro bajo ningún pretexto. Ni siquiera para comprar ropa, pues decía que, lo mismo que la de sus hermanos, debía correr a cargo del presupuesto familiar. Sus padres, que veían con buenos ojos aquel afán de orden y ahorro, le regalaron dos o tres corderos con autorización para venderlos en su provecho cuando estuvieran criados. Los cuidó, efectivamente, con mucho esmero y los vendió. Con el producto compró otros que fue cuidando igualmente y los vendió de nuevo, incrementando así su patri-

monio. Con este pequeño negocio y los sucesivos ahorros llegó a acumular un capital de seiscientos francos¹⁹. Era una cantidad importante para un muchacho de dieciséis años, de modo que si no se consideró rico, pensó al menos que podía llegar a serlo. Hacía cálculos sobre el futuro de su negocio. Se le asoció uno de sus hermanos y convinieron en que harían bolsa común y seguirían unidos toda la vida. Muy distintos eran, sin embargo, los designios de Dios sobre Marcelino. Y se los dio a conocer de modo providencial.

◆
¹ Ortografía actual: Pilat.

² LPC 2, pág. 570.

³ LPC 2, pág. 617.

⁴ AA., pág. 16.

⁵ Su nombre no siempre aparece en el mismo orden. En el acta de bautismo aparece Marcelino José Benito (AA, pág. 16). En la de profesión, el mismo Padre Champagnat firma José Marcelino Benito (OMI, pág. 928, ilustración 37).

⁶ Marcelino es el nombre principal, ya que es el mismo de su padrino. Así figura en el acta bautismal (AA, pág. 16).

⁷ El Hermano Juan Bautista no cuenta los hijos fallecidos en edad muy temprana (AA págs. 14-16), en realidad diez hijos.

⁸ En realidad Marcelino era el penúltimo.

⁹ Para más detalles acerca de su familia, consultar Hermano Avit (AA páginas 12-18). También Voyage et Mission: "La famille", n° 133, 1977. Y, finalmente, B XXII págs. 607-610.

¹⁰ Juan Bautista Champagnat, padre de Marcelino, desempeñó un papel preponderante en la historia de la Revolución en la comarca de Marlihes, a lo largo de los dos períodos más tenebrosos de esta época. Fue secretario de Ayuntamiento (02.06.91), coronel de la guardia, juez de paz, comisario general de Saint-Étienne (12.08.92, primer elector en la asamblea parlamentaria (26.12.97), y presidente de la administración municipal del cantón (29.12.97). Firmaba con el apellido "Champagniat" (cfr. AA págs. 21-22) (NCF, pág. 121).

¹¹ El censo de 1814 asigna al con junto del municipio de Marlihes 2425 habitantes, de los que 55 pertenecen al Rozet.

¹² Ocho (8) testigos del proceso de beatificación hablaron de ese prodigio, pero sólo de oídas. "Juan Claudio Quiblier, nacido en el Rosey, el 25 de octubre de 1827, asegura que oyó a María Clermont, esposa de Bartolomé Champagnat, hermano de Marcelino, que la madre del Padre Champagnat vio un día la cuna del pequeño Marcelino rodeada de llamas blancas como la nieve" (cfr. Rév. Jean-Claude Granottier, párroco. CPO, fol. 342).

¹³ Marcelino tenía, por línea paterna, al menos una tía (Luisa), sor Teresa, fallecida en 1824; y una tía-abuela (Juana), fallecida en Marlihes en 1798, pertenecientes ambas al Instituto de las Hermanas de San José (AA, págs.13-14).

¹⁴ Normalmente se solía hacer a los 13 años (AFM, 146.003). Después del golpe de estado de Bonaparte, los sacerdotes regresan del extranjero y los clandestinos aparecen en público. La vida cristiana vuelve a recobrar su pulso normal, sobre todo en los pueblos más alejados de las ciudades. Marcelino es uno de los neocomulgantes del primer grupo de 1800 (Chronologie FM, 1976, página 22).

¹⁵ El maestro era con toda seguridad Bartolomé Moine (SMC, vol. 1, página 18 y NCF, pág. 121). Al estar todos los niños en una sola clase, aplicaba el método individual. Los castigos corporales debían de ser moneda corriente según el estilo de la época (cfr. ANTONIO PROST, La enseñanza en Francia de 1800 a 1967. Éd. Armand Colin, París, 1968, pág. 115).

¹⁶ Sin duda, el coadjutor, señor Laurens, que ocupaba dicho cargo desde 1781 (AA, pág. 16).

¹⁷ "Un Hermano debe abstenerse de tutear a los demás, ni siquiera a los niños, y no les pondrá ningún apodo" (Regla de 1837, cap. art. 4).

¹⁸ El Hermano Avit dice del señor Juan Bautista Champagnat: "Hábil especialista, lo llamaban para repartir las herencias. A esta noble tarea añadía los oficios de tratante y agricultor, y, cuando el tiempo era propicio, explotaba uno de esos pequeños molinos que en la región se los llamaba "Escucha si llueve" (AA, pág. 13).

¹⁹ Durante el segundo Imperio, el sueldo anual de un criado empleado en una granja era de 50 francos, con alojamiento, sustento y vestido (cfr. Archivos Nacionales, F 11, 2705, 42. Loira, "Encuesta agrícola decenal de 1862")

CAPÍTULO II

Llamamiento de Marcelino al estado Sacerdotal. Algunas consideraciones. Conducta y progresos del seminarista

Francia empezaba a salir del caos en que la había sumido la Revolución. La Iglesia, recobraba la libertad, recuperaba las iglesias que la impiedad había dejado en pie y reconstruía, al menos parcialmente, las que el huracán revolucionario había destruido. Reorganizaba a sus sacerdotes y se esforzaba por cubrir las huellas que el martirio, la apostasía o la muerte habían causado en sus filas¹.

Se hallaba a la sazón al frente de la diócesis de Lyon el eminente y piadoso cardenal Fesch, tío del emperador Napoleón. El prelado veía entristecido la penuria del clero en su vasta diócesis. Realizó los mayores esfuerzos en la erección de seminarios y en la promoción de vocaciones al sacerdocio². Había encargado al señor Courbon³, Vicario general, que procurase, por todos los medios posibles, recomendar a los párrocos que buscaran muchachos par el seminario.

El señor Courbon, natural de Saint-Genest-Malifaux, tenía buena amistad con el señor Alliot, párroco de Marlihes. Así pues, le transmitió, por medio de uno de los profesores del seminario mayor, –también originario de la región⁴, en la que pasaba parte de sus vacaciones–, el deseo del señor arzobispo, de buscar a algunos muchachos inteligentes y piadosos capaces de llegar a ser buenos sacerdotes.

El profesor cumplió puntualmente el cargo. “El señor Courbon, dijo al párroco de Marlihes, me ha encargado que le busque por estos lugares, que aún conservan la fe, algunos jóvenes para el seminario. ¿Tiene idea de alguno?” El señor Alliot, después de reflexionar unos instantes, respondió: “No conozco, por ahora, a nadie con esas disposiciones. Sin embargo, añadió después de pensarlo mejor, la familia Champagnat tiene varios chicos⁵ que llevan vida bastante ordenada. Pero no tengo noticias de que ninguno de ellos quiera estudiar latín⁶. Como el Rozet (así se llamaba la aldea donde vivía la familia) le cae de paso, entre y compruébelo usted mismo.”

El sacerdote se acercó a Rozet, y visitó al señor Champagnat, que le recibió con respeto y afabilidad. Después de la presentación y los saludos de rigor por ambas partes, le dijo el sacerdote:

– Seguramente no adivina qué me ha traído aquí... Su párroco me ha dicho que tiene varios hijos buenos, piadosos y de vida recogida que tal vez podrían estudiar latín. Y vengo a ver qué hay de ello.

– Mis hijos, respondió el señor Champagnat, sorprendido ante estas palabras, nunca me han manifestado intención de estudiar latín.

– ¿Quieres tú?, dijo al mayor que se hallaba presente.

– No, contestó tímidamente, poniéndose colorado.

– Y los demás, ¿ dónde están ? – prosiguió el clérigo.

En ese preciso momento llegaban del molino el benjamín y Marcelino.

– Mira les dijo su padre este sacerdote viene a buscaros para que estudiéis latín. Queréis ir con él?

La respuesta del más pequeño fue tajante, dejando oír un no seco pero elocuente.

Marcelino, azorado, balbuceó algunas palabras ininteligibles. Entonces el sacerdote lo tomó aparte para indagar más a fondo. Quedó tan prendado de su inocencia, candor y modestia, y de su carácter franco y abierto, que le dijo:

- Hijo mío, tienes que estudiar latín y hacerte sacerdote. ¡Dios lo quiere!

Después de haber hablado un rato, la voluntad de Marcelino quedó definitivamente orientada.

* * *

Este hecho nos sugiere unas consideraciones que pueden ser provechosas para algunos Hermanos jóvenes. Dios, el único que lleva la iniciativa en la vocación de cada uno, se vale de infinidad de miedos para darla a conocer y llamar a las almas allí donde las quiere. Unas veces lo hace personalmente y de modo extraordinario, como hizo con los apóstoles, llamados por Jesucristo con estas palabras: *Venid y seguidme*⁷. Así lo hizo con san Pablo, derribado en el camino de Damasco⁸, y con muchos otros, a quienes llamó de modo milagroso. De ordinario, Dios emplea el atractivo para dar a conocer a cada uno su vocación; es decir, se contenta con dar a las almas, llamadas a la vida religiosa, determinadas luces e inspiraciones que las mueven a abandonar el mundo. Pero también puede servirse de medios humanos para atraer a las almas. Puede valerse de una enfermedad, de un revés de fortuna, de una humillación o persecución. San Pablo, primer ermitaño, por ejemplo, se retiró a la soledad huyendo de la persecución. San Arsenio, para librarse de las iras de su alumno, Arcadio. San Moisés, solitario, para huir de la justicia que lo perseguía por ladrón. En otras ocasiones, Dios se vale de una palabra, de un consejo, del ejemplo de un amigo para llevar a un alma al lugar donde la quiere. Manifiestan ignorancia quienes dudan de la autenticidad de su vocación por haber entrado muy jóvenes o por consejo del padre, de la madre, de un piadoso maestro, por el ejemplo de un amigo de infancia o por cualquier otro motivo humano.

Dice san Francisco de Sales que Dios no emplea siempre la misma forma para llamar a los hombres y que no abundan los que fueron atraídos por motivos estrictamente sobrenaturales. Entre las mujeres cuya conversión nos cuenta el Evangelio, sólo la Magdalena se acerca a Jesús por amor. La adúltera llegó obligada, la samaritana⁹ casualmente, la cananea, para pedir un favor¹⁰.

No importa el motivo, añade el santo prelado, con tal que se persevere en el bien. Quienes entraron obligados a la sala del banquete de las bodas de que nos habla el Evangelio¹¹, no por eso dejaron de saborear la exquisitez del festín. Ninguno de estos motivos está ausente en el origen de la vocación de muchos candidatos que perseveraron y llegaron a ser grandes siervos de Dios y excelentes religiosos. Mientras que, por el contrario, entre los llamados de modo extraordinario, muchos no perseveraron y se perdieron. Ejemplo de esto es Judas, que, como los demás apóstoles, fue elegido personalmente por Nuestro Señor.

* * *

La decisión de estudiar latín que acababa de tomar Marcelino no fue flor de un día. Sus padres, conscientes de las escasas aptitudes de su hijo, intentaron disuadirlo recordándole las dificultades que había tenido para aprender a leer y el poco interés que había mostrado por el estudio. Todo cuanto pudieron argumentar fue inútil. Ya no le interesaba el trabajo de la granja, ni el negocio al que con tanto entusiasmo se había dedicado. La decisión estaba tomada y respondió sin titubeos que ahora sólo pensaba estudiar.

Hubiera preferido entrar inmediatamente en el seminario. Pero no sabía leer ni escribir suficientemente para iniciar los estudios de latín. Rogó, pues, a sus padres, que le permitieran pasar algún tiempo en casa de uno de sus tíos¹² que ejercía de maestro en la parroquia de Saint-Sauveur. Como éste sabía latín, podría enseñarle los rudimentos al mismo tiempo que completaba sus estudios primarios.

Estuvo un año¹³ con su tío, que no escatimó esfuerzos, pero sin conseguir progresos.

Al final del año, sacó la conclusión de que su sobrino no debía ir al seminario. “Vuestro hijo se empeña en estudiar, dijo a sus padres. Si se lo permitís, tendréis que arrepentiros: no es suficientemente inteligente.” A menudo intentó también disuadir al propio Marcelino, haciéndole ver que no servía para los estudios, y que tarde o temprano, tendría que abandonarlos con el pesar de haber perdido el tiempo y el dinero y, tal vez, la salud. Marcelino, que había orado y reflexionado largamente, no vaciló ante las reflexiones de su tío ni ante las observaciones de sus padres. “Preparad las cosas, dijo; acertaré, ya que Dios me llama.” Y, al ponderarle las dificultades para adquirir su ajuar, añadió: “No os preocupe lo que pueda costar. Tengo dinero suficiente para pagarlo.” En efecto, su vestuario fue costado con el dinero de sus ahorros¹⁴.

Antes de pensar en la vocación, su conducta había sido siempre ordenada. Pero desde el momento en que tomó la decisión de abrazar el estado sacerdotal, fue mucho más ejemplar. Se acercó más asiduamente a los sacramentos, oró más y se le vio más recogido, más recatado y desprendido de todo lo terreno. Su devoción a la Santísima Virgen se incrementó notablemente. Rezaba diariamente el rosario, encomendaba a María su vocación y le pedía luz e inteligencia para superar los estudios.

Había reservado plaza en el seminario menor de Verrières¹⁵, cerca de Montbrison, donde ingresó en octubre de 1805¹⁶. Los comienzos se le hicieron bastante difíciles dada su timidez; ni siquiera pedía lo que necesitaba. Durante la comida no se atrevía a poner el plato para que le sirvieran, y sólo el hambre le obligó a hacer como los demás. Su timidez, su porte externo cohibido, sus ademanes de rudo montañés le atraeron pronto las bromas de los condiscípulos.

Pero su carácter abierto, su ejemplar conducta y los buenos modales pronto disiparon los prejuicios iniciales y le fueron granjeando espontáneamente la simpatía de todos. Tenía por entonces diecisiete años y estaba muy desarrollado, de modo que era el más alto y el último de la clase. Lejos de desalentarse por verse entre los chiquillos¹⁷, todos mejor preparados que él, redobló sus esfuerzos en el estudio.

Su piedad, puntualidad y docilidad le merecieron muy pronto el afecto y la confianza de los superiores. Se lo demostraron públicamente al nombrarle supervisor y jefe de dormitorio, cuando había muchos otros más veteranos en la casa y de más alto nivel en los estudios¹⁸. Quedó muy sorprendido y confuso al verse en un cargo para el que se consideraba indigno e incapacitado. Lo aceptó, sin embargo, sin poner la menor objeción, porque se había propuesto como norma no rechazar nada que le viniera de sus superiores. Este cargo le ayudó mucho a progresar en los estudios. Por la noche, después de hacer la ronda del dormitorio, cerrar puertas y ventanas, ocultaba la lámpara durante un rato, y luego se ponía a preparar las lecciones del día siguiente hasta bien entrada la noche. Como se hallaba en una especie de alcoba, pudo emplear este sistema durante varios años, sin que nadie se diera cuenta. Este interés por los libros y el exceso de trabajo debilitaron algo su salud, pero, en cambio, influyeron positivamente en los estudios. A su llegada al seminario lo encontraron tan flojo en lectura y escritura que le aconsejaron pasar previamente unos meses en la clase de francés. No aceptó la propuesta y suplicó con tanta insistencia que le dejaran iniciar el latín, que el rector, por darle gusto¹⁹, cedió a sus instancias bien convencido de que muy pronto se desalentaría y vendría a pedirle que le mandara a la clase de lectura. Sucedió exactamente lo contrario, ya que a los pocos meses era uno de los primeros de la clase²⁰, y este primer año hizo los cursos de séptimo y octavo grado.

Sin embargo, la aplicación al estudio no le hizo olvidar el cuidado de su vida espiritual. Tenía, sin duda, gran empeño en instruirse, porque sabía que la ciencia le era indispensable, pero deseaba con mayor ahínco conseguir la virtud. La vida reglamentada del seminario, los ejercicios de piedad, los avisos, la sabia orientación de los superiores, los buenos ejemplos que veía, fueron medios que supo aprovechar. Los ejercicios de piedad tenían atractivo especial para él. Asistía a ellos con tal fervor y modestia que

superiores y condiscípulos se fijaron en él. No satisfecho con los ejercicios reglamentados, solicitaba con frecuencia orar en particular, y, sobre todo, hacer visitas al Santísimo Sacramento durante los recreos. Su devoción a la Santísima Virgen, a san Luis Gonzaga, a san Francisco Regis se incrementó con las instrucciones que recibía y las prácticas del seminario en honor de la Madre de Dios y de esos dos grandes santos. Hasta entonces se acercaba a los sacramentos mensualmente. En el seminario solicitó comulgar primero cada quince días, y luego todos los domingos. Las ceremonias litúrgicas, que en el seminario se desarrollaban con mucha solemnidad, elevaban su espíritu despertando en su corazón sentimientos tan tiernos que difícilmente podía contener. Muchas veces, algunas canciones le hacían verter lágrimas, en especial aquella de santa Teresa que habla de la comunión y de las ansias de morir²¹.

Por lo demás, no basaba su piedad en sólo sentimientos y afectos. Era consciente de que la virtud debe cristalizar en obras, es decir, en la huida del pecado y en el cumplimiento minucioso de los deberes cristianos. Así lo manifiesta por entonces en un escrito²² de su puño y letra:

“¡Oh Señor y Dios mío!, prometo no volver a ofenderte; hacer actos de fe, esperanza y caridad y otros similares cada vez que me acuerde; evitar las malas compañías²³, en una palabra, no hacer nada que vaya contra tu servicio. Sino más bien, en cuanto de mí dependa, inducir a los demás a la práctica de la virtud con mi buen ejemplo, enseñar tus divinos mandamientos a los ignorantes, y el catecismo tanto a pobres como a ricos. Divino Salvador, haz que cumpla fielmente estas relaciones que acabo de tomar.”

Se mantuvo, en efecto, siempre fiel a ellas y sus superiores afirmaron que fue modelo de piedad, puntualidad, docilidad, humildad y buen espíritu durante su estancia en Verrières²⁴. No le bastaba con dar buen ejemplo. No dejaba pasar la ocasión sin animar a los compañeros a la práctica de la virtud. Y, como poseía cierta elocuencia natural y poder de persuasión, le escuchaban a gusto. De esta forma consiguió llevar a Dios a algunos de ellos. Un joven, que se había distinguido por su talento y virtud, se hastió totalmente del estudio y de la piedad y se hallaba a punto de abandonar el seminario. Marcelino, que se había percatado del cambio funesto que había sufrido, se propuso hacer por él cuanto pudiera para lograr que su condiscípulo volviera al buen camino y recobrar su actitud primitiva. Se hizo el encontradizo durante el recreo y al saber que su disgusto procedía de ciertos castigos que el muchacho consideraba inmerecidos, le dijo:

“Amigo, una de dos: o has merecido esos castigos o no. Si te los has ganado, como me parece probable, no tienes por qué enfadarte, y, menos aún, censurar a tu profesor, sino aceptarlos con docilidad y gratitud, como justa reparación de tus faltas y antídoto de tus defectos. Ahora bien, si crees que no has cometido las faltas que han ocasionado ese castigo, deberías aceptarlo para practicar la mortificación e imitar a Jesucristo, que también fue castigado por pecados que no cometió. ¿Te parece sensato a tu edad encapricharte, descuidar tus deberes religiosos y abandonar los estudios por semejante niñería? ¿No te das cuenta de que el demonio se está riendo de ti y que la aversión que te inspira hacia tu profesor es una trampa que te tiende para arruinar tu porvenir y hacerte perder tu vocación y, tal vez, también tu alma? Vamos, quítate de la cabeza esas ideas. Hagamos una novena a la Santísima Virgen y verás cómo todas esas quimeras se esfuman de tu cabeza.”

Hicieron la novena, y aún no la habían terminado cuando al joven se le abrieron los ojos y vio claro. Reconoció que la causa de su aversión al estudio y descuido en la piedad eran los malos consejos de un compañero relajado. Así que decidió romper con él. Mantuvo su decisión, recuperó el fervor primitivo, prosiguió sus estudios y llegó a ser un excelente sacerdote.

Concluidos los estudios en el seminario menor, Marcelino se dispuso a ingresar en el seminario mayor de Lyon, donde fue admitido en el mes de octubre²⁵ de 1812. Siempre considerará los años que pasó en esa santa casa como los más felices de su vida. Lo primero que se propuso al entrar fue ser siempre y en todo fiel al reglamento, porque entendía que era para él la expresión de la voluntad de Dios y el medio más eficaz y rápido para avanzar por el sendero de la perfección.

Considerando acertadamente la vida y los estudios del seminario mayor como la preparación inmediata a las órdenes sagradas, se esforzó más y más en adquirir la ciencia y la virtud necesarias a un buen sacerdote. Hizo un serio examen para conocer más a fondo sus propios defectos y las virtudes que le eran más necesarias. El resultado de su reflexión fue que debía luchar, sobre todo, contra el orgullo. Se propuso, pues, hacer sobre él examen particular. Y, para desarraigar más fácilmente ese vicio, que consideraba como el dominante, suplicó a uno de sus compañeros que le advirtiera de sus defectos y le amonestara cada vez que le sorprendiera en determinadas faltas. Pero como no olvidaba que *todo don perfecto viene de Dios*²⁶, y que sólo mediante la gracia podemos combatir el orgullo y conseguir la humildad, pedía siempre a Dios esa virtud en la oración. Para ello había compuesto una oración que rezaba frecuentemente. La transcribimos como la hemos hallado en sus escritos²⁷.

“Señor, confieso que no me conozco, que me encuentro lleno de defectos e imperfecciones. Ayúdame a conocer mis defectos y, sobre todo, concédeme la gracia de combatirlos, de hacerles la guerra sin cuartel y corregirlos. Te pido ese favor desde lo más profundo de mi corazón. Divino Corazón de Jesús, que por tu profunda humildad luchaste y venciste el orgullo humano, a ti dirijo especialmente mi oración. Concédeme, te suplico, la humildad, destruye en mí el edificio del orgullo, no ya porque resulta insoportable a los ojos humanos, sino porque disgusta a tu divino Corazón y hiere tu santidad. Virgen Santísima, mi buena Madre, pide para mí, tu indigno siervo, pide al Corazón adorable de Jesús, la gracia de conocerme, de luchar, vencerme y destruir mi amor propio y mi orgullo. A tus pies me propongo combatirlo sin descanso”.

Para combatir el orgullo sin tregua, como dice, se propuso, ante todo, dos cosas: primero, evitar toda palabra de vanidad, burla, maledicencia y, en general, todas las faltas que tienen su origen en la lengua. Y segundo, ser siempre honrado, caritativo y respetuoso, incluso con sus compañeros, y estar siempre atento para no desperdiciar ocasión de servirlos.

Para llevar a la práctica ambas cosas, tomó las siguientes resoluciones:

1. Me impondré una penitencia cada vez que me deje llevar del orgullo, es decir, siempre que cometa una falta de orgullo tanto pensamiento como de palabra.
2. Hablaré con todos mis compañeros sin distinción, y siempre les prestaré los servicios que estén en mi mano, por mucho que pueda costarme. Las resistencias sólo pueden provenir del orgullo.
3. Me consideraré el último de mis discípulos y nunca me creeré superior a ninguno de ellos. ¿Por qué me voy a creer más que otro? ¿Por mis talentos? No los tengo, y soy el último²⁸ de la clase. ¿Acaso por mi virtud? Tengo menos aún y estoy lleno de orgullo. ¿Por la prestancia de mi cuerpo tal vez? Dios es quien lo ha hecho y no se ha esmerado demasiado, por cierto. En definitiva, soy un poco de polvo, ¿de dónde podría atreverme a sacar vanidad?
4. En los recreos me juntaré y pasearé indistintamente con todos y trataré de ser siempre moderado en mis palabras.
5. Me cuidaré, sobre todo, de murmurar de nadie bajo ningún pretexto.
6. Guardaré siempre silencio entre recreos. Y no hablaré ni por gestos, ni de cualquier otro modo, en clase, en los pasillos, ni al subir la escalera, a no ser por verdadera necesidad.

7. Durante la clase, en la conferencia y demás ejercicios que exijan atención no sólo me abstendré de hablar, sino que además me esforzaré por estar siempre atento.

8. Haré una visita al Santísimo Sacramento después de la clase o de la conferencia, para examinarme ante el Señor y ver si cumplí estas resoluciones y también para pedirle humildad.

“Dios mío, con tu ayuda prometo hacer el mayor esfuerzo para ser fiel a estas resoluciones. Pero tú conoces mi debilidad. Ten compasión de mí, te lo ruego, y concédeme la gracia de no pecar de palabra. Virgen Santísima, ruega por mí. Ya sabes que soy tu esclavo²⁹. Es verdad que no merezco favor tan grande. Pero mi indignidad hará resplandecer más tu amor y misericordia para conmigo.”

Con frecuencia, como lo confirman estas palabras, renovó estas resoluciones y, el tres de mayo de 1815, añadió, además, las siguientes:

“Hoy, víspera de la Ascensión de Nuestro Señor y del aniversario de mi bautismo³⁰, tomo, una vez más, la resolución de cumplir los compromisos anteriores tal como figuran arriba. Y, además, estos otros que pongo bajo la protección de la Santísima Virgen y de san Francisco Regis, san Luis Gonzaga y mi patrono, san Marcelino.

1. Cada vez que en el examen de la tarde me reconozca culpable de murmuración, me privaré del desayuno al día siguiente.

2. Cuando me sorprenda mintiendo o exagerando, rezaré el Miserere para pedir perdón a Dios por esas faltas. *Divino Jesús mío, con tu gracia prometo ser fiel a estas dos resoluciones. Santa María, Madre de Dios, ruega por mí.”*

Deseos tan vehementes de corregir sus defectos y adquirir las virtudes, voluntad tan decidida y tenaz en tomar todos los medios, le hicieron progresar a pasos agigantados en el camino de la perfección. Pronto llegó a ser uno de los más fervorosos y regulares del numeroso grupo de jóvenes seminaristas que por entonces llenaban el seminario mayor³¹. Había distribuido su tiempo entre la oración y el estudio de la teología, de modo que todos los momentos estaban ocupados. Ni los recreos eran para él tiempo perdido. Los empleaban en conversaciones edificantes con sus compañeros o en actos de caridad, como servir a los enfermos, decorar los altares, barrer la iglesia o hacer alguna visita al Santísimo Sacramento, cuando le daban permiso que solicitaba frecuentemente.

La fidelidad al reglamento, el respeto a los superiores, la obediencia, humildad, caridad, afabilidad, mansedumbre, modestia, piedad, aplicación constante al trabajo, la exactitud en todo momento: tales fueron las virtudes de las que dio ejemplo continuo. Desde entonces empezó a distinguirse también por el celo ardiente de la gloria de Dios y la salvación de las almas, por el espíritu de fe y desprendimiento de todo, por su inmensa confianza en Dios y amor a la mortificación y generosidad, que resplandecieron en él con vivo fulgor y de los que a lo largo de esta historia ofrecerá tan altos y conmovedores ejemplos.

◆
¹ “Señoría, la extensión de la diócesis de Lyon, que comprende tres amplios departamentos, me obliga a intensificar el celo y la solicitud en la formación de candidatos para el altar... La experiencia nos dice que cada año mueren de sesenta a ochenta sacerdotes en la diócesis. Lógicamente habría que ordenar un número igual de diáconos para conservar los estrictamente necesarios al servicio de los fieles. Por ahora faltan doscientos cuarenta sacerdotes y varios distritos de los tres departamentos de la diócesis no cuentan con ninguno en siete leguas a la redonda” (Cardenal Fesch al Emperador de los franceses, 21 de mayo de 1805, en J. JOMAND, Fesch, por él mismo, pág. 46)

² Sobre el celo del cardenal Fesch por los seminarios y las dificultades que encontró con su tío Napoleón, consultar OM 4, pág. 279.

³ PC 2, pág. 149.

- ⁴ Resulta arriesgado aventurarse a dar nombres concretos. En Orígenes Maristes leemos: “Juan Santiago Cartal (1756-1840), sulpiciano, natural de la diócesis del Puy, podría ser por esta razón el sacerdote que medió en la orientación de Marcelino al sacerdocio” (OM 4, pág. 130).
- ⁵ La escena habrá que situarla después de la muerte de uno de sus hijos, Juan Bautista (8 de agosto de 1803). Efectivamente, Juliana Épalle, que lo atestigua en 1889 en el proceso ordinario de beatificación, da los nombres de Juan Bartolomé y Juan Pedro. Era vecina suya, y, por otra parte, el párroco, señor Granottier, manifiesta que la señora Épalle gozaba de plenitud de facultades mentales y merecía crédito total (cfr. CPO, fol. 310).
- ⁶ Locución habitual para expresar “prepararse al sacerdocio”.
- ⁷ Mt 19, 21 || ⁸ Hch 9, 2-9. || ⁹ Jn 4, 7.
- ¹⁰ San Francisco de Sales. Louis Vives, VI 531. París, 1871. || ¹¹ Mt 22, 1-4.
- ¹² Benito Arnaud era cuñado de Marcelino, esposo de su hermana Mariane (AA, pág. 24). Cuando Napoleón ordenó efectuar una encuesta para conocer la situación de la enseñanza en Francia, el inspector encontró en Saint-Sauveur el colegio del señor Arnaud con sólo doce alumnos. Impartía lectura, escritura, aritmética, geografía, historia y latín (cfr. ADL, t. 735). Uno de los nietos de Benito, el Hermano Tarsicio, decía de él que “había estudiado latín, que era un cristiano ejemplar y un profesor cabal” (Cuaderno escrito en Nouméa, Nueva Caledonia, en 1879).
- ¹³ El “promotor vocacional” tuvo que pasar por Rosey después de agosto de 1803 (AA, pág.24, y Cronología, pág. 23) Marcelino entra en el seminario en la fiesta de Todos los Santos de 1805. Quizá el fallecimiento de su padre, ocurrido el 13 de junio de 1804, pudo retrasar su ingreso (cfr. BI XXVI, pág. 679, acta de defunción).
- ¹⁴ Marcelino había ahorrado 600 francos. Esta cantidad equivalía a la pensión de cuatro o cinco años de seminario.
- ¹⁵ Verrières (cfr. OM 4, pág. 430).
- ¹⁶ El ingreso tuvo lugar en la fiesta de Todos los Santos (OM 1 pág. 136, nota 1).
- ¹⁷ En sexto grado, la edad normal era de 15 años (de 10 a 23 años). Marcelino tenía entonces dieciséis. Al final del primer año, junio-julio de 1806, el señor Périer, superior del seminario, le dijo que no soñara con largos estudios. Entristecido, pero no desalentado, Marcelino peregrinó con su madre a la tumba de san Francisco Regis para implorar la ayuda de María (cfr. CPO, fol. 310).
- ¹⁸ Resulta difícil precisar la fecha en que le encomendaron ese empleo de confianza (cfr. A. BALKO, “Evolución espiritual de Marcelino Champagnat”, BI XXX, n.º 217, págs. 387-398). Y también tres artículos del mismo autor sobre el tema en FMS, n.º 54, 1983, pág. 801; n.º 56, 1984, pág. 833, y n.º 57, pág. 849. VF, págs. 85-97.
- ¹⁹ El análisis de sus sermones permite deducir que dominaba bastante bien el latín, ya que en las numerosas citas consignadas apenas aparecen faltas (cfr. B, n.º 215 pág. 972).
- ²⁰ Puede consultarse el expediente de escolaridad de Marcelino Champagnat: Del seminario menor de Verrières, en OME, págs. 30 a 42; Del seminario mayor de San Ireneo, en OME, págs. 43 a 46.
- ²¹ Esa canción arrebatada en éxtasis a la Santa. La versión francesa corresponde a un libro de cánticos de la época: “Vous le savez, mon Dieu...” Marcelino garabateaba frecuentemente las primeras palabras en borradores que conservamos (cfr. AFM, nota, 132.3, pág. 4, y también LPC 1, doc. 73, pág. 177).
- ²² AFM, dossier 11, libreta de notas n.º. 1. Y también en OME, doc. 6, pág. 37.
- ²³ En el original podemos leer, además, “y no volveré a la cantina sin necesidad” (cfr. OME, doc. 6, pág. 37). El Hermano Juan Bautista suprime este fragmento de la frase. La mención de “cabaret” (cantina), unida a la de “malas compañías”, nos remite a la época, un tanto disipada del joven seminarista, en que, con la “banda alegre”, va de vez en cuando a alguna de las numerosas tabernas próximas al seminario, que se hallaba en el centro del pueblo (cfr. AFM, Esteban Bedoin, doc. 151/1, nota 1).
- ²⁴ Tal vez se trate del testimonio del señor Barou, que más tarde sería Vicario general, o bien del señor Juan Luis Duplay, futuro rector del seminario mayor.
- ²⁵ En realidad, el primero de noviembre de 1813. Puede explicar la confusión el hecho de que el curso 1812-1813, transcurrido en Verrières, fue el de filosofía (o lógica) que se considera como preparatorio para el seminario de Lyon.
- ²⁶ St 1, 17.
- ²⁷ El Hermano Juan Bautista ha modificado ampliamente la letra del texto, que se encuentra en OME, doc. 6 [2], pág. 37.
- ²⁸ En las calificaciones del primer trimestre, durante el primer curso de teología de Lyon (OME, doc. 9 pág. 45), a Marcelino se le pone la nota: “mediocriter.” Según esa evaluación, 51 alumnos, sobre un total de 84, consiguen nota superior a la de Marcelino.
- ²⁹ La idea de consagrarse como esclavo de María era una práctica antigua, muy acentuada entre los grandes maestros de la escuela francesa de espiritualidad: Bérulle, Condren, Boudon, etc. No conservamos escrito alguno de Marcelino Champagnat en que se consagre a María con esta profesión de esclavitud mariana.
- ³⁰ Marcelino Champagnat celebra el aniversario de su bautismo no el 21 de mayo, sino el día de la Ascensión, porque en 1789 la Ascensión cayó el 21 de mayo.
- ³¹ En el curso de 1815-1816 había en él 252 seminaristas mayores: 31 en cuarto año, 75 en tercero, 115 en segundo y 30 en primero (OM 1, págs. 207-209).

CAPÍTULO III

Nacimiento, padres, primera educación de Marcelino Champagnat.

Conducta ejemplar del señor Champagnat durante las vacaciones.

Visita a los enfermos y da catequesis a los niños de su aldea.

Vida austera y mortificada que llega a alterar su salud.

Junto con otros piadosos seminaristas concibe la idea de fundar la Sociedad de los Maristas.

Se prepara a recibir las sagradas órdenes y es ordenado de sacerdote

El comportamiento del señor Champagnat durante las vacaciones¹ no era menos estricto que en el seminario. Podemos deducirlo del reglamento que se había trazado y que cumplía meticulosamente. Lo transcribimos aquí textualmente² para edificación del lector:

1. Pasaré las vacaciones con mi familia.

2. Viajaré tan sólo lo indispensable.

3. Me acomodaré, en cuanto me sea posible, al régimen de vida de mis padres. Trataré a todos con respeto, mansedumbre y caridad. Con mis palabras y ejemplos intentaré ganarlos a todos para Jesucristo. Pondré sumo cuidado en no molestarlos o entristecerlos con mis palabras.

4. Me levantaré habitualmente a las cinco. Y nunca más tarde de las cinco y media.

5. Haré diariamente al menos un cuarto de hora de meditación.

6. Asistiré diariamente a la santa misa en cuanto me sea posible. Y regresaré inmediatamente para estudiar una hora de teología por lo menos.

7. A las doce menos cuarto haré el examen particular como en el seminario mayor. Luego, el almuerzo, precedido de la bendición de la mesa.

8. Trataré de levantarme de la mesa con algo de apetito para evitar la glotonería y los vicios que de ella se derivan.

9. Erigiré un oratorio en honor de la Santísima Virgen y san Luis Gonzaga. En él, de rodillas ante el crucifijo, adoraré espiritualmente al Santísimo Sacramento del altar y haré con el mayor recogimiento los ejercicios de piedad.

10. Los viernes ayunaré en recuerdo de la pasión y muerte de nuestro Redentor.

11. Enseñaré a los ignorantes, ricos o pobres, cuanto se refiere a la salvación³.

12. Visitaré a los enfermos, si me es posible.

13. En cuanto a la confesión y comunión, seguiré el consejo de mi director espiritual.

14. Procuraré ingeniármelas para no estar nunca a solas con personas del otro sexo.

15. Trataré de dedicar una hora más a la teología⁴ por la tarde.

16. Rezaré la oración de la tarde con mi familia. Y, en particular, leeré el tema de meditación del día siguiente.

Con tu ayuda, oh Virgen Santísima, divina Madre mía, confío en cumplir este reglamento. Haz que sea del agrado de tu divino Hijo y que él me libre durante las vacaciones y a lo largo de mi vida del pecado y de cuanto pudiera desagradarle.

Este reglamento, correspondiente a las primeras vacaciones del seminario mayor, por muy estricto que pueda parecer, lo completó en años sucesivos con nuevos propósitos:

1. Al levantarme, siempre a las cinco, tendré media hora de meditación, rezaré las horas menores, e iré a la santa misa.

2. Por la mañana dedicare una hora al estudio de la Sagrada Escritura y otra a la teología.

3. Después del almuerzo dedicaré hora y media al recreo o, a lo más, dos horas. Si en el pueblo hubiere algún enfermo u otra persona que necesite mi consejo, aprovecharé para visitarlos.

4. Después del recreo distribuiré el tiempo de este modo: una hora para repasar los tratados de teología estudiados anteriormente, y otra para leer alguna obra ascética sobre las virtudes propias de un buen sacerdote.

5. Después del estudio y de la lectura mencionados, descansaré durante una hora, y a continuación rezaré el oficio, es decir, vísperas y completas, maitines y laudes del día siguiente.

6. Procuraré reservar media hora antes de la cena para la lectura espiritual.

7. Los domingos y días festivos asistiré a dos misas y a las vísperas en la parroquia. Por lo que se refiere a la comunión me atenderé, en lo posible, a la costumbre del seminario.

8. Esos mismos días, entre ambas misas, trataré de emplear una hora en la lectura de la Sagrada Escritura. Y por la tarde, después de los oficios, si puedo, daré catequesis a los niños. El resto de la tarde haré lo posible por dedicar una hora al estudio de la teología.

9. Evitaré, en cuanto me sea posible, las visitas de simple compromiso.

10. Evitaré juegos de azar o los que puedan causar escándalo. Durante los recreos me entretendré en algún trabajo manual.

Virgen Santísima, sin tu ayuda sería incapaz de cumplir este reglamento. Por eso solicito tu poderoso valimiento ante Dios, y espero que me alcances la gracia de ser fiel a el para gloria de tu divino Hijo. San Francisco Regis⁵, que tienes tanto crédito ante Dios, por tu intercesión pido y espero también la gracia de cumplir el reglamento que me he impuesto.

Los documentos que hemos podido recopilar acerca del comportamiento del señor Champagnat durante las vacaciones nos manifiestan que no se conformaba con cumplirlo, sino que, además, añadía otras muchas prácticas de virtud y empleaba parte del tiempo dedicado al descanso y esparcimiento para orar, estudiar o ejercer la caridad.

Con la vocación sacerdotal, Dios le concedió al mismo tiempo celo ardiente por la salvación de las almas e instrucción de los ignorantes. En ninguno de los dos seminarios, como hemos podido comprobar, desaprovechó ninguna oportunidad para desplegar ese celo con sus compañeros, sobre los que tenía cierto ascendiente. Pero consideraba como obligación preferencial la salvación de los miembros de su familia, que era una de sus ocupaciones fundamentales durante las vacaciones. En primer lugar, los encomendaba a Dios en todas sus oraciones. Y se comportaba siempre y en todo de modo que pudieran tomarle por modelo. Les hacía a diario alguna lectura piadosa, les daba orientaciones y consejos. Y en las charlas ordinarias que mantenía con ellos trataba de formarlos en las verdades cristianas, e inducirlos a la estima de la religión, mostrándoles su belleza y los beneficios que trae consigo. También intentaba inspirarles devoción a la Santísima Virgen, a los ángeles custodios y a las almas del purgatorio. Al caer la tarde rezaban la oración en familia. Y los domingos y días festivos añadía también el rosario. A menudo reunía en su habitación a los chicos de la aldea para enseñarles el catecismo⁶ y las oraciones. Los domingos convocaba incluso a los mayores y les daba una corta pero emotiva instrucción sobre los misterios de la religión, los deberes del cristiano y el modo de asistir provechosamente a misa y a los oficios sagrados. Varias personas recordaban aún, treinta años mas tarde⁷, lo que les había enseñado.

do en esas charlas y manifestaban entre lágrimas los sentimientos que en sus almas había despertado.

Los niños lo querían y respetaban al mismo tiempo⁸. Les bastaba saber que estaba en el pueblo para que obedecieran a sus padres y se aplicaran al cumplimiento del deber. Uno de ellos decía mucho después: “Le tenía tal consideración que sólo su recuerdo me bastaba para evitar el mal. En el momento de la tentación, con pensar: *¿Qué diría el Señor Champagnat, si te viera?*, me bastaba para contenerme y me daba fuerzas para refrenar mis pequeños vicios.”

Pero no sólo lo respetaban los niños. También los jóvenes guardaban compostura en su presencia y se mostraban recatados y comedidos en las palabras y en el comportamiento. Un día que creían que estaba ausente, organizaron un baile en un granero y, para no llamar la atención, cerraron cuidadosamente la puerta. El señor Champagnat, que regresó antes de lo previsto, informado del hecho, se presenta inmediatamente en la granja donde se había organizado el baile, sube al granero y, entrando bruscamente, les dice: “¡Vaya! Bonita diversión para cristianos; vamos a ver si se os da tan bien el catecismo como el baile.” En un instante, todos desaparecieron: unos por la puerta, otros escondiéndose entre el heno o saltando por la ventana. Sólo quedó una criada vieja que se puso a cerrar el granero y que recibió una seria reprimenda⁹.

Se ha dicho que el Padre Champagnat era un cristiano recio. Efectivamente, toda su vida tuvo en gran aprecio la penitencia y mortificación. Totalmente dueño de sí mismo y recatado en todos sus actos y en general en su persona, austero consigo mismo y enemigo de toda comodidad y de cuanto halaga a la naturaleza, sobrio en el comer y beber, rehusaba cuanto servía únicamente para satisfacción del gusto y la sensualidad¹⁰. Cuando se hallaba en su casa, se acomodaba en todo al modo de vivir de la familia y no consentía que se hiciera nada especial con motivo de su llegada. Era puntual a las horas de la comida para no molestar; no quería alteración alguna en la hora, ni que se pusiera algún plato especial. Nunca tomaba nada entre comidas, ni siquiera una fruta o un vaso de agua¹¹. Un día, al pasar junto a un cerezo, le apeteció tomar unas cerezas. Toma una y la lleva a la boca. Al instante se reprocha esa concesión a su gula: “¡Vaya!, se dijo para sí mismo, ¿voy a dejarme llevar de la sensualidad? No, no lo voy a consentir.” E, inmediatamente, escupe la fruta a medio masticar, la pisotea y promete a Dios no volver a dejarse sorprender por el demonio de la gula.

Hermanos jóvenes, que estáis encargados de la despensa o administración, vuestro empleo os expone a parecidas tentaciones. Cuando el demonio de la gula os impulse a tomar algo entre comidas, recordad este ejemplo de vuestro piadoso Fundador y sed sus fieles imitadores. El espíritu de las tinieblas y de la sensualidad querrían tranquilizaros con el pretexto de que probar los alimentos que tenéis continuamente ante los ojos o en las manos, comer una fruta, beber algo que os apetece, es una minucia. Sucumbir una vez a esa tentación no tiene importancia. Pero no es lo mismo cuando eso se transforma en hábito: puede traeros serias consecuencias, porque puede llevaros a cometer faltas muy graves. ¡Cuántos Hermanos jóvenes, por dejarse llevar de esas faltas, fueron perdiendo el gusto por la piedad, las buenas costumbres y hasta por su vocación! Al contrario, el acto de virtud que supone resistir a la tentación, sacrificando la gula y sensualidad, tiene mucha importancia: os defiende de males mayores, os merece cada vez una nueva gracia de Dios y os ayuda a dominar la naturaleza, a someterla al espíritu y a lograr la unión con Dios.

* * *

El señor Champagnat era de compleción robusta. Durante su infancia nunca había estado enfermo. Pero la vida austera y mortificada que llevaba, unida a su intensa dedicación al estudio, minaron su salud hasta el punto de obligarlo a interrumpir su carrera en el tercer año de teología¹². Para reponerse, fue a pasar unos meses con su

familia. Como le habían prohibido estudiar, y temía sobre todo estar ocioso, se entregó a los trabajos del campo. De este modo recuperó muy pronto la salud y quedó en condiciones de terminar sus estudios de teología.

Nos hallamos en la época en que Napoleón¹³, de regreso de la isla de Elba, volvía a Francia y marchaba sobre París. La ciudad de Lyon se hallaba conmocionada y llena de confusión. Los enemigos de la religión, aprovechando el estado de crisis en que se encontraba el país, y con la confianza de poder deshacerse de ella como habían hecho con el rey, que huía ante las tropas victoriosas del emperador, ultrajaban a los sacerdotes, los amenazaban y perseguían obligándoles a huir y ocultarse. Un día, el señor Champagnat, sin sospechar nada –él, que por otra parte nada tenía de pusilánime–, atravesaba tranquilamente las calles de la gran ciudad camino del seminario mayor. Un seglar piadoso salió de su establecimiento y, corriendo hacia él, y le dijo:

– ¿Cómo se le ocurre salir a la calle en estas circunstancias? ¿No se ha enterado de que acaban de insultar de modo soez a uno de sus compañeros y que faltó poco para que lo arrojaran al Saona?

– Y ¿por qué voy a preocuparme –respondió tranquilamente el señor Champagnat– si no he hecho mal a nadie?

– De acuerdo; no ha hecho mal a nadie. Su compañero tampoco, pero es una temeridad por su parte andar por la calle en estos momentos.

– Voy al seminario.

– Pues precisamente el seminario mayor acaba de tener una inspección y se ha instalado en él un destacamento porque corre el rumor de que allí hay armas¹⁴.

– Pues claro que las hay, y yo mismo llevo una, le respondió mostrándole su breviario. Y añadió: “Éstas son las armas que usamos en el seminario: ¿cree que pueden inquietar al gobierno?” Y, sin perder su serenidad y sangre fría, agradeció al buen hombre el interés por su persona y prosiguió tranquilamente su camino hacia el seminario mayor, que encontró en absoluta calma, pese a la agitación que reinaba en la ciudad¹⁵.

* * *

Por entonces se ponen los cimientos de la Sociedad de los Maristas. Unos cuantos seminaristas, al frente de los cuales se encontraban los señores Colin y Champagnat¹⁶, se reunían regularmente para animarse en la piedad y en la práctica de las virtudes sacerdotales. El celo por la salvación de las almas y los medios para conseguirla eran el tema habitual de sus conversaciones. Del mutuo intercambio de sus sentimientos y proyectos sobre los medios más idóneos para alcanzar ese objetivo surgió la idea de fundar una Sociedad de sacerdotes que trabajaran en la salvación de las almas por medio de las misiones¹⁷ y la educación de la juventud. La especial devoción que este grupo selecto profesaba a la Santísima Virgen les inspiró la idea de poner la nueva Sociedad bajo el patrocinio de la Madre de Dios y darle el nombre de María¹⁸.

Cuando estuvieron de acuerdo en su piadoso proyecto y después de haberlo encomendado largo tiempo a Dios y a la que habían elegido de modo especial como madre y patrona, se lo comunicaron al señor Cholleton, por entonces rector del seminario mayor¹⁹. El venerable superior, conocedor de la piedad y virtud de los asociados, encomió y aprobó sus proyectos y los animó a proseguir en su empeño²⁰. Más aún, quiso también integrarse en el grupo y se puso al frente de ellos. Los reunía periódicamente en su propio despacho para animarlos y orientarlos e ir perfilando con ellos los planes de la nueva asociación. En una de esas reuniones determinaron que irían todos juntos en peregrinación a Fourvière para poner su proyecto a los pies de María²¹. Los jóvenes seminaristas, con el señor Cholleton al frente, subieron al santuario²² de María, confiaron el plan a su Corazón maternal y le pidieron que lo bendijera si era para gloria

de su divino Hijo. Efectivamente, la divina Madre los bendijo. Y con esta bendición, la nueva Sociedad, nacida bajo sus auspicios y en su santuario, ha crecido y ha visto multiplicarse²³ sus hijos como las estrellas²⁴ del cielo.

Pero en el proyecto de la nueva Sociedad nadie había pensado en Hermanos educadores²⁵. Sólo el señor Champagnat tuvo la idea de su creación y sólo él la llevó a cabo. Decía con frecuencia a sus compañeros: *Necesitamos Hermanos. Necesitamos Hermanos para impartir catequesis, ayudar a los misioneros²⁶ y dar clase a los niños*. Nadie dudaba de que era interesante esta idea. Pero como no había sido prevista en el proyecto inicial de la nueva Sociedad, atribuían una importancia relativa a la insistente repetición de Marcelino: *Necesitamos Hermanos*. Por fin, terminaron por decirle: "Bueno, encárguese usted de los Hermanos, ya que suya es la idea."²⁷ Aceptó gustoso esa misión y, desde entonces, todos sus anhelos, desvelos y trabajos se encaminaron a la fundación de esa obra.

* * *

El señor Champagnat, entregado totalmente a su santificación, a la ejecución de los proyectos emprendidos para gloria de Dios y a los estudios teológicos, veía que los años de seminario transcurrían rápidamente. Pero no le preocupaba qué sería de él después ni qué puesto iban a encomendarle. Se mantenía en total indiferencia respecto del cargo que iban a confiarle, abandonándose totalmente en manos de los superiores, a quienes consideraba como intérpretes de la voluntad de Dios sobre él. En cierta ocasión en que algunos compañeros manifestaban sus deseos de ser colocados en determinados puestos, añadiendo que estaban dispuestos si hacía falta a hacer todo lo posible ante los superiores para conseguirlos, les dijo: "Yo no lo haría nunca, pues, si pidiera un puesto y luego me encontrara problemas y contrariedades, me asaltaría el remordimiento de habérmelos buscado y de que, probablemente, no debía de ser ése el puesto en que Dios me quería. Mientras que, abandonándome a la Providencia y dejándome guiar por la obediencia, siempre estaré tranquilo, ya que estoy seguro de hallarme donde Dios quiere. Y siempre podré decirle: *Señor, tú me has confiado este puesto. De ti espero la ayuda y las gracias necesarias para realizar el bien.*"

Un seminarista le manifestaba el deseo de que lo enviaran a una parroquia próxima al domicilio de sus padres para poder verlos a menudo y poderles ser de provecho. El señor Champagnat le dijo: "Un sacerdote debe ser como Melquisedec²⁸, sin padres, es decir, que no debe ocuparse de ellos. No nos hemos hecho sacerdotes para ayudar a nuestra familia, añadió, sino para servir a la Iglesia y salvar almas. Si usted visita con frecuencia a sus padres y ellos vienen a verle demasiado a menudo, le estarán entreteniéndolo con sus asuntos temporales. Usted se interesará por ellos, le preocuparán, y esta preocupación irá debilitando su oración y su celo y le hará descuidar la dedicación a las funciones ministeriales. Además, esas relaciones no dejarán de provocar habladurías, escandalizar a sus feligreses y enajenarles su estima y confianza. Creo que el deseo de ser enviado junto a sus padres debería rechazarlo como una tentación si quiere ser sacerdote según el corazón de Dios."

Con estos sentimientos y reflexiones se preparaba a la ordenación. El 6 de enero de 1814²⁹, festividad de la Epifanía de Nuestro Señor, había recibido de manos de Su Eminencia el cardenal Fesch, arzobispo de Lyon, la tonsura clerical, las cuatro órdenes menores y el subdiaconado en la capilla del palacio arzobispal. Tenía entonces veinticuatro años, siete meses y diecisiete días. En adelante celebraría siempre esta fiesta con especial devoción, como agradecimiento por la gracia que Dios le había concedido al llamarle al sagrado ministerio del altar. Al año siguiente fue ordenado de diácono³⁰.

Llegó por fin el día tan suspirado, para el que tan cuidadosamente se había preparado con largos años de estudio, oración y actos de virtud. El día que su humildad le hacía temer, pero que su amor por Jesucristo le hacía desear y esperar como el más grande y

solemne de su vida; en definitiva, el día en que iba a participar del sacerdocio del Hijo de Dios y podría inmolar el Cordero sin mancha. Pasó en profundo retiro los ocho días que precedieron a esa fecha para siempre memorable. Fue ordenado de sacerdote por Monseñor Luis Guillermo³¹ Dubourg, obispo de Nueva Orleans, comisionado al efecto por Su Eminencia el cardenal Fesch³², el 22 de julio de 1816. Tenía veintisiete años y dos meses.

La mayoría³³ de los compañeros del grupo que el señor Champagnat había reunido³⁴ para fundar la Sociedad de María fueron ordenados con él. Antes de separarse para ir al lugar que la obediencia les iba a señalar, se comprometieron a trabajar y hacer cuanto estuviera en su mano³⁵ para realizar los planes que habían proyectado. Convinieron, pues, en escribirse con frecuencia para mantener la mutua unión y conservar e incrementar el espíritu que los animaba.

Antes de dejar Lyon, el señor Champagnat volvió a Nuestra Señora de Fourvière para consagrarse de nuevo a la Santísima Virgen y encomendarle su ministerio³⁶. Después de la santa misa, postrado a los pies de la imagen de María, pronunció esta consagración³⁷ que él mismo había compuesto: *Virgen Santísima hacia ti como tesoro de la misericordia y canal de la gracia elevo mis manos suplicantes y te pido encarecidamente que me acojas bajo tu protección e intercedas por mí ante tu adorable Hijo, para que se digne otorgarme las gracias necesarias a un digno ministro del altar. Quiero trabajar bajo tu auspicio en la salvación de las almas. Nada puedo, Madre de misericordia. Nada puedo, pero tú lo puedes todo con tu intercesión. Virgen Santísima, pongo en ti mi confianza. Te ofrezco, te doy y consagro mi persona, trabajo y vida entera.*

ANEXO 1

El señor Marcelino CHAMPAGNAT durante las vacaciones. Julian Épalle, de 89 años, y vecina suya, ofrece este testimonio:

“El señor Champagnat no solía salir de casa. Sólo se le veía fuera de ella junto a los enfermos a quienes consolaba con palabras –amables–, o en la iglesia, siempre en actitud edificante... En casa llevaba una sotana sencilla. Se amoldaba al régimen de comidas de sus padres, y nunca aceptaba nada en casa de otro. Ya entonces llevaba una vida de santo. Para complacer a mis padres, vecinos de los Champagnat, dedicaba diariamente unas horas a instruirnos. Yo, que era la mayor –tenía entonces 11 años–, recuerdo siempre la compostura del joven seminarista y los acertados consejos que nos daba en relación con los chicos, con nuestros padres y con Dios.” (CPO, fol. 309-310).

El hermanito de Juliana, Juan María, que tenía entonces quince meses y a quien Marcelino salvó de perecer ahogado, ofrece también, en 1889 su testimonio. Naturalmente, sólo de lo que había oído:

“¡Cuántas personas me han contado... Cuando estaba en Verrières, pasaba las vacaciones estudiando o trabajando en la granja. Todavía enseñan hoy la habitación sencilla donde pasaba la mayor parte del día, y el muro de la huerta que él levanto. Nunca le vieron perder el tiempo charlando con la gente.”

“Los ancianos aún recuerdan conmovidos las piadosas instrucciones que les daba durante las vacaciones, estando en el seminario mayor. Y, sobre todo, el terror que les causaba cuando les sorprendía bailando.” (CPO, fol. 315).

ANEXO 2

Celo del señor Marcelino Champagnat.

En su testimonio de 1889, Juliana Épalle declara asimismo: “El joven sacerdote se

hallaba inflamado por el celo de la gloria de Dios. Desde la primera semana de vacaciones del seminario mayor, dijo a algunos vecinos del Rozet: “Si queréis, os daré la catequesis para mostraros cómo podéis vivir cristianamente.” Su pequeña habitación se llenó de gente. Los domingos siguientes acudieron también de las aldeas de La Frache, La Faye, Écotay, Marconnière (Malcognière), Montaron, Allier (L’Allier), de modo que el cuarto se quedaba pequeño. Se ponía en la puerta y hablaba al auditorio que llenaba la habitación y otra estancia contigua. A pesar de ser tan joven, predicaba tan bien que jóvenes y mayores permanecían a menudo dos horas sin cansarse. Venían a escucharle muchos de los caseríos de Marlhès. Entre los oyentes estaba la Superiora de las Hermanas de San José”. (CPO, fol. 309).

ANEXO 3

Consagración de los futuros Maristas en Nuestra Señora de Fourvière.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Todo a mayor gloria de Dios y honor de María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo.

Nosotros, los infrascritos, queriendo trabajar en la mayor gloria de Dios y de María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo, afirmamos y manifestamos que tenemos sincera intención y firme voluntad de consagrarnos, cuando llegue el momento oportuno, a la fundación de la piísima congregación de los Maristas. Por esta acta, rubricada por nosotros, nos comprometemos irrevocablemente a consagrar nuestras personas y cuanto tenemos, en cuanto nos sea posible, a la Sociedad de la bienaventurada Virgen María. Y contraemos este compromiso, no a la ligera, y como niños, ni por motivos terrenos o esperanza de interés temporal, sino seriamente, después de madura reflexión y de habernos asesorado y haberlo sopesado todo ante Dios, y tan sólo para gloria de Dios y honor de María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo. Para ello aceptamos todos los sacrificios, trabajos y sufrimientos y, hasta si fuera preciso, los mayores tormentos, confiados en aquel que nos conforta, Nuestro Señor Jesucristo, al cual prometemos fidelidad en el seno de nuestra Madre, la santa Iglesia católica y romana. Nos sometemos con todas nuestras fuerzas al santísimo jefe de la misma Iglesia, el romano Pontífice, y también a nuestro reverendísimo obispo ordinario, para que, alimentados por la palabra de la fe y la sana doctrina que por la gracia hemos recibido, seamos dignos ministros de Jesucristo.

Con la confianza de que bajo el pacífico y religioso gobierno de nuestro cristianísimo rey, se desarrolle esta excelente institución, prometemos solemnemente que ofrecemos nuestras personas y cuanto nos pertenece para salvar las almas por todos los medios posibles, en el nombre augustísimo de la Virgen María y bajo su protección. Salvo, no obstante, el juicio de los superiores. “¡Alabada sea la santa e inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen María! Así sea.”

◆
¹ Juliana Épalle, su vecina, refiere cómo pasaba las vacaciones el señor Champagnat. Ver anexo 1, al final del capítulo.

² Para cuanto se refiere al reglamento de Marcelino, consultar A. BALKO, “La evolución espiritual de Marcelino Champagnat”, en BI XXX, nº 217, página 387 y ss. (cfr. AFM, 131.2) Y, en versión española, en Marcelino Champagnat. Volviendo a las fuentes, pág. 83 y ss. Provincia Marista Norte, 1983 (VF, páginas 85-97).

³ Juliana Épalle: testimonio acerca de la predicación del joven Champagnat. Ver anexo 2, al final del capítulo.

⁴ Este estudio era necesario, ya que al reducir a tres los cuatro años de teología, los seminaristas debían completar durante las vacaciones lo que no podían hacer a lo largo del año, especialmente en Historia de la Iglesia, sagrada Escritura y Liturgia. “Teóricamente se concedía (a estas materias) cierta importancia, pero, en la práctica, se las colocaba en horas marginales de la jornada académica (ALONSO, LUIS, La formación intelectual de J. Claudio Colin en el seminario de San Ireneo de Lyon. Tesina Pont. Univ. Greg., Roma, 1964, página 139, APM).

- ⁵ San Juan Francisco Regis (1597-1640) realizó una curación milagrosa en Marlihes con motivo de una de las tres misiones que dio en el pueblo. Uno de los cuadros del diorama de La Louvesc recuerda este hecho. El recuerdo se perpetúa entre las gentes de Marlihes por la “cruz de san Francisco Regis”, que se venera a la entrada del pueblo.
- ⁶ El Hermano Teófilo, Superior General, atestigua: “Monseñor Épalle, obispo de Oceanía, reconoció que debía al Padre Champagnat la primera idea de su vocación”. (cfr. S-PSV 1, pág. 75).
- ⁷ Es decir, cuando el Hermano Juan Bautista hace su indagación.
- ⁸ Esta doble impresión causará a lo largo de su vida a quienes entren en relación con él. “El Padre Champagnat era enérgico, ciertamente. Su solo tono de voz, o una mirada, bastaban para hacernos temblar. Pero ante todo era bueno, compasivo; era padre” (H. Francisco, AFM, libreta de notas n° 13; instrucciones, pág. 917).
- ⁹ Cien años antes, Griñón de Montfort había compuesto cánticos para denunciar los peligros del baile. El período del Directorio supuso una gran relajación moral y una acusada afición al vals. Marcelino cumplía, en definitiva, con su deber sacerdotal.
- ¹⁰ El Padre Champagnat fue un discípulo fiel de Jesús paciente. Por eso no rehúye el sufrimiento; incluso lo busca con ayunos y con austeridad de vida, como lo confirma su reglamento en el punto 10.
- ¹¹ Encontramos la misma actitud en san Ignacio y el Padre Colin (Ant. Textus VI, II, pág. 42, n° 52).
- ¹² En 1815-1816.
- ¹³ Napoleón pasó por Lyon el 10 de marzo de 1815. Su tío, el cardenal Fesch, tuvo que refugiarse en Roma, de donde no regresaría hasta finales de mayo. El regreso de Marcelino a Lyon debió de ser pocos días después del paso del Emperador. (cfr. OM 4, págs. 278-280).
- ¹⁴ Los seminaristas eran en su mayoría partidarios de los Borbones. El cardenal, a su paso por Lyon, del 26 al 29 de mayo de 1815, debió de experimentarlo cruelmente en su persona (cfr. OM 1, doc. 38; OM 2, doc. 562 [2]; OM 2, documento 767). Hasta el P. Champagnat debió de anhelar la vuelta de los Borbones a la vista de las últimas actitudes de Napoleón y, en particular, de sus ataques al papa. Al final de sus resoluciones de 1815 encontramos la promesa de decir misas “si regresa el rey”. (OME, doc. 11 [7], pág.51).
- ¹⁵ Respecto al estado de ánimo que reinaba en el seminario –muy lejos de la tranquilidad de que habla el texto–, véase, además de los documentos mencionados anteriormente, (LYONNET, El cardenal Fesch. Lyon, Périsset, 1841, II, páginas 576-580)
- ¹⁶ El Hermano Juan Bautista sólo cita aquí a los principales responsables de la fundación de la Sociedad de María: Colin y Champagnat, dejando en el más completo olvido el papel desempeñado por Courveille.
- ¹⁷ Ése será el principal objetivo de los Padres, siguiendo el ejemplo de san Francisco Regis, cuya vida leían en el refectorio en 1815. (OM 2, doc. 591 [7], pág. 398)
- ¹⁸ Refiriéndose explícitamente al nombre de la Sociedad de María, el Padre Colin dirá en 1869: “El nombre se lo debemos al señor Courveille”. (OM 3, documento 819 (6a), pág. 218). Courveille, por su parte, confiesa que le había sido inspirado el 15 de agosto de 1812 en el Puy. (cfr. OM 2, doc. 718 (5), pág. 580).
- ¹⁹ Señor Cholleton, LPC 2, págs. 133-135.
- ²⁰ Los primeros contactos de Courveille con Déclas se producen precisamente en la época de los Cien Días (marzo a junio de 1815) (OM 2, doc. 591). Pero la difusión del proyecto no tuvo lugar hasta el comienzo del curso siguiente, en noviembre de 1815. El Hermano Juan Bautista reduce a un solo párrafo la elaboración de un proyecto que se va forjando progresivamente a lo largo de dos años. (OM 2, doc. 718 (16) y doc. 750 (2)).
- ²¹ El texto latino se encuentra en OME, doc. 15 págs. 61-62. Traducción española en el anexo 3, al final del capítulo.
- ²² Lo que hoy conocemos por “capilla de Fourvière”.
- ²³ Las estadísticas de los Hermanos Maristas el año de la publicación de la biografía del Padre Champagnat (1856) señalan un total de 1556 maestros religiosos que educan, en 312 escuelas, a un total de 50 000 alumnos.
- ²⁴ Gn 22,17.
- ²⁵ Es evidente en el caso del Padre Colin que expresamente lo confirma (OM 3, doc. 820 (10), pág. 334). En su “Acta de dimisión”, en 1837, el Padre Champagnat consigna claramente que recibió de los demás el encargo de ocuparse de los Hermanos educadores. (OME, doc. 152, pág. 339).
- ²⁶ Cuando el Hermano Juan Bautista escribe esta biografía, existen, efectivamente, Hermanos al servicio de los Padres misioneros en Oceanía. Pero entre los Padres se consideran misioneros incluso los que no han salido de Francia. Sobre este particular, sabemos que había Hermanos del Hermitage al servicio de los Padres en Belley y Lyon desde los tiempos del Padre Champagnat.
- ²⁷ El Padre Colin refiere en sus memorias: “Sin embargo, el señor Champagnat, coadjutor de Lavalla, se había dedicado a la fundación del Instituto de Hermanos Maristas. La idea de ese Instituto le corresponde a él exclusivamente. Él fue quien, recordando lo que le había costado instruirse, decía a sus compañeros del seminario mayor: Tenemos que fundar también Hermanos educadores”. (OME, doc. 171, pág. 470).
- ²⁸ Gn 14, 16; Hch 7, 3.
- ²⁹ OME, doc. 10, pág. 47.

- ³⁰ Monseñor Simon, obispo de Grenoble, ordenó a los nuevos diáconos por hallarse el cardenal Fesch en París (OME, doc. 12, pág. 51 y ss.)
- ³¹ Monseñor Dubourg aprovecha para hablar de la misión de Luisiana, y Philippe Janvier, uno de los que se preparaban para marista, se decide a partir a Estados Unidos (OM 4, pág. 302).
- ³² Texto de autorización en OM 1, doc. 48.
- ³³ El autor dice "la mayoría", porque algunos recibieron el mismo día el diaconado (OM 1, docs. 45 a 50).
- ³⁴ Parece que el grupo se constituyó más bien en torno a Courveille (OM 3, documento 798; 819 (10.11); 820 (6-7); 845 (11); 892 (3)).
- ³⁵ La peregrinación a Fourvière y, por consiguiente, la consagración a María tiene lugar al día siguiente de la ordenación es decir, el 23 de julio de 1816 (OME, doc. 15, págs. 58-64). Véase a continuación, anexo 3.
- ³⁶ Se trata de la Virgen Negra, que se encuentra sobre el altar. Esta imagen sustituyó, en el siglo XVII, a la antigua, quemada por las huestes del barón de Adrets durante el asedio de Lyon, en 1562.
- ³⁷ No se ha encontrado el original de este texto.